



*Secretos en red* es un libro surgido del trabajo conjunto por parte del Grupo de Estudios de Semiótica de la Cultura (GESC) a propósito del proyecto I+D concedido en el año 2011 por el entonces denominado Ministerio de Ciencia e Innovación bajo el título genérico *El fenómeno Wikileaks en España: un análisis semiótico y mediológico* (referencia CSO 2011-23315). Tal es la nota preliminar que figura en la página de derechos, copyright y datos de la edición (pág. 6).

A dichas coordenadas espaciales, temporales y temáticas se corresponden los puntos de partida de varias de las aportaciones recogidas en este volumen colectivo editado por Jorge Lozano, catedrático de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid (UCM). A este respecto son numerosas las citas de artículos y editoriales de *El País*, el único medio español incluido en el *pool* organizado desde el *New York Times* para la difusión del inmenso archivo desvelado por el equipo de Julian Assange. En palabras del historiador Timothy Garton aparecidas en dicho periódico: “un festín de secretos (...). Es el sueño del historiador. Es la pesadilla del diplomático” (pág. 13). Sin embargo los análisis de los capítulos firmados por Lozano, Serra, Francescutti o Albergamo –que son los que se ocupan específicamente de Wikileaks–, van más allá del hecho noticiable. Si bien los autores son conscientes del cambio desencadenado en el ecosistema comunicativo por este polémico acontecimiento, no pierden de vista aquella premisa de Marshall McLuhan que invita a pensar de forma crítica a través de las estructuras por las cuales los mensajes traslucen o transparentan algunos contenidos más o menos relevantes, y también en donde se agotan: “el mensaje de cualquier medio o tecnología es el cambio de escala, ritmo o patrones que introduce en los asuntos humanos” (pág. 37). En este sentido la conclusión es meridianamente clara: el mensaje de los 250.000 documentos no es otro que su impresionante número, un total de 250.000 documentos arrebatados al gobierno de los Estados Unidos de América. ¿Qué hacer, cómo operar con este inmenso archivo?

En cuanto al contenido, de acuerdo con Umberto Eco, se trata a menudo de informaciones diplomáticas en la mayoría de los casos ya sabidas (o al menos “sospechadas”, tema de fondo en todo este proceso, tal y como pone de manifiesto González en su aportación), chismes que sólo podrían ser objeto de la rumorología y del gusto por el cotilleo que mueve a la red de redes: “como todos habrán notado, los famosos mensajes secretos eran *ecos de prensa*, y se limitaban a referir lo que todos

en Europa sabían y decían, y que incluso en Norteamérica ya se había publicado en el *Newsweek*” (pág. 96).

Hasta este punto, el presente volumen podría sumarse a la nutrida bibliografía científica dedicada al fenómeno Wikileaks, a su descripción y a la elaboración de un aparato crítico sobre el mismo. De hecho, el propio grupo de investigación ha contribuido en los últimos años a este propósito, a saber, con la participación en otros volúmenes colectivos (como es el caso del editado por Díaz y el propio Lozano en 2013, *Vigilados. Wikileaks o las nuevas fronteras de la información*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva) o con la organización de un seminario permanente y del II Congreso GESC en noviembre de 2013 bajo el título “Secreto y transparencia: Wikileaks y otros cambios en la semiosfera mediática”, cuyas actas abordan, naturalmente, estas cuestiones desde la semiótica de la cultura. Sin embargo es pertinente afirmar que *Secretos en red* no es un libro sobre el fenómeno Wikileaks, o al menos, no lo es en exclusiva.

Atendiendo al subtítulo oportunamente elegido por el editor (*Intervenciones semióticas en el tiempo presente*) se comprende que el fin de este volumen no es otro que el de ofrecer valiosas claves teóricas y metodológicas con el fin de consolidar y difundir el análisis semiótico sobre los fenómenos tanto de la comunicación y de los medios digitales como de cualquier forma de interacción social. Si bien María Albergamo es quien aplica con mayor profundidad esta premisa proponiendo un análisis que se ocupa de lo iconográfico de la clepsidra presente en el logotipo de Wikileaks (pág. 65 y ss.) pero también de lo netamente discursivo en niveles tanto pragmáticos como pasionales (pág. 69); es Paolo Fabbri quien ofrece la clave afirmando que “trabajar sobre estos temas no solo permite reflexionar sobre los fundamentos de la comunicación sino también *intervenir*<sup>1</sup> en la realidad política y económica” (pág. 88). No es de extrañar que la semiótica, como ciencia del signo, se haya desplazado con el postestructuralismo desde los aspectos más netamente lingüísticos hacia el campo general del sentido en la cultura y en la sociedad, como sugiere el propio Fabbri en el prólogo a su conocido libro *El giro semiótico* (1999, publicado en español por la editorial Gedisa).

La presencia de algunas de las más destacadas figuras de la semiótica actual supone el mayor atractivo de *Secretos en red*: los ya citados Umberto Eco y Paolo Fabbri, pero también Alberto Abbruzzese (Universidad UILM de Milán) o Maurizio Bettini (Universidad de Siena). Desde el ámbito francófono figuran Denis Bertrand (Universidad París VIII) y Jacques Fontanille (Universidad de Limoges). En sus textos (a los que se añaden los firmados por Lozano, Albergamo y González), los cuadros semióticos de referencia propios del enfoque generativo de A.J. Greimas como son los de las verediciones (pág. 129), las modalidades epistémicas o las modalidades aléticas (pág. 131), se aplican a conceptos centrales en la semiosfera mediática actual: “secreto”, “opacidad”, “sospecha” y, sobre todo, “transparencia”. Recogiendo y actualizando esta tradición metodológica bajo aquel enfoque propuesto por Émil Benveniste que atiende al denominado *aparato formal de la enunciación* (pág. 20), los autores coinciden en establecer una serie de grados de “transparencia” o “translucencia” en tantas variantes como escenarios actanciales se quieran, de manera que, como indica Fontanille a partir de una serie de consideraciones sobre el

---

<sup>1</sup> La cursiva es mía.

fenómeno físico que da lugar a esta metáfora fundamentadora del régimen discursivo en el siglo XXI (pág. 143-144), en el análisis semiótico aquí propuesto no se trata tanto de construir “el semema de la lengua o en los textos” como de “establecer el esquema semiótico tal y como se presenta a través del conjunto de las concepciones, las situaciones y las prácticas que se postulan como transparencia”. En definitiva, la semiótica actual no pretende sino analizar aquellas configuraciones que “desempeñan el papel de una forma de vida en la sociedad contemporánea” (pág. 141).

Esta llamada a la transversalidad sin perder de vista las metodologías vigentes es de agradecer. No existe sospecha posible en torno a que la amplitud de miras pueda pecar de dispersión, puesto que las aportaciones de la semiótica de la imagen (Calabrese, pág. 65; Marin, pág. 21; Careri, pág. 24; sobre la mediación del dispositivo de la obra de arte que al mismo tiempo filtra y permite el acceso por medio de la sustancia de su expresión) no hacen sino complementar el ameno análisis del concepto de “transparencia” a través de la lengua latina y de los textos literarios llevado a cabo por Bettini (Séneca, Cicerón, Plauto, Quintiliano... pág. 119-125) o las consideraciones en torno al discurso histórico, las “historias del presente” (pág. 66) y el problema del archivo planteadas por Lozano siguiendo a autores y textos de referencia como *La arqueología del saber* de Foucault (1969). Así planteado, un archivo como el de Wikileaks no es sino “ante todo la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que gobierna la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares”, esto es, un problema netamente enunciativo, semiótico, comparable al *Atlas Mnemosyne* de Aby Warburg, “archivo de archivos” (pág. 20), o incluso a la concepción de la *Enciclopedia* de Umberto Eco como biblioteca de todas las bibliotecas, tema por cierto del su discurso de investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad de Sevilla en el año 2009.

En este afán tampoco faltan las referencias a los postulados filosóficos de Georg Simmel (como recuerda Francescutti en torno a la definición del secreto y de la confianza como estrategias fiduciarias, pág. 54) ni a la sociología de Erving Goffman, traída a colación tanto por González para indicar que la sospecha es “fuente inequívoca de la vida social” (pág. 74), como más adelante por parte de Joshua Meyrowitz (a quien se debe la valiosa aportación *No Sense of Place: The Impact of Electronic Media on Social Behaviour*. Oxford, Oxford University Press, 1985), cuyas consideraciones en torno a los regímenes de visibilidad trascienden con mucho el problema de Wikileaks para terminar proponiendo el trazado y propiedades del *self* digital: “las personas se comportan de diferentes maneras en escenarios distintos, dependiendo de quién esté allí y de quien *no* esté allí” (pág. 179). En esta línea, bien es sabido y no poco probado que el enfoque traductivo de la Semiótica de la Cultura de Jurij Lotman y la Escuela de Tartu es la arena en la que tienen lugar los combates tensivos entre textos y sistemas semióticos completos, ámbito privilegiado de análisis si se tiene en cuenta que “el análisis semiótico debe preceder al histórico” (pág. 14) con tal de plantear aquel factor o factores “que confieren valor al dato, a un dato que corresponde más precisamente a un contenido encriptado” (pág. 67).

Por la parte de la mediología, a las ya citadas consideraciones sobre el dinamismo tecnológico y cognitivo de Marshall McLuhan, el capítulo firmado por Marcello Serra (especialista en este enfoque) resulta especialmente revelador. Tomando como punto de partida la disolución de las fronteras entre lo público y lo privado en la era digital formulada por Meyrowitz, Serra toma como ejemplo la estrategia para mantener el

secreto de 0100101110101101.org (pág. 33-34), organización que opera en dirección opuesta a la celebración del banquete de los secretos desvelados por Wikileaks para llegar al mismo sitio: la sobrecarga informativa del *big data*, que bloquea toda posibilidad de procesamiento, racionalización, aprehensión; o que, al menos, lo hace más difícil. De forma complementaria, María Albergamo, indica oportunamente en una nota al pie que no se puede perder de vista que Julian Assange es autor de un proyecto informático similar titulado *Rubberhouse*, “un software de protección de datos personales, basado sobre la creación de una masa de datos no reales, los así llamados “aspects”, casuales y no localizables, con el objetivo de hacer inaccesibles los datos reales” (pág. 68). Dado que la única manera de evitar el control es el exceso de datos hasta el punto que devenga “extremamente difícil aislarlos e interpretarlos” (pág. 35), el asunto de las inteligencias colectivas y conectivas –pero también el de las historias del presente– en el momento en que los archivos son liberados, consiste en el problema lotmaniano de lo previsible y lo imprevisible, de aquellas miradas retrospectivas que determinan los nexos causales en la narración histórica. En otras palabras, el momento y las condiciones enunciativas en que los datos aparecen organizados en torno a una actancialización y a un régimen productor de textos.

En este sentido y para finalizar conviene volver sobre aquellas prevenciones que realizan tanto González desde la semiótica de la sospecha como Francescutti en torno a las teorías conspiratorias con tal de mantener abierto el debate sobre la legitimidad de los datos y del discurso histórico en aras de los cambios actuales sobre la “actitud ante el signo”; signos tales como el secreto o la transparencia. Es por ello por lo que es de valorar el último capítulo de este volumen, “Un lugar fuera de la historia”, firmado por Magalí Arriola. Este apartado consiste precisamente en recortes de prensa y material fotográfico. Son documentos seleccionados y organizados en un archivo que aportan datos, proponen hipótesis por medio del montaje fragmentario y plantean enigmas, de modo que el lector acaba poniendo en práctica lo aprendido durante la lectura generando itinerarios posibles (pág. 188-198). Expresado de otro modo: el lector recibe una generosa invitación a “intervenir sobre el tiempo presente”... y a hacerlo con un método semiótico.